





*La hija de Hitler*

NOVELA | **B**erenice



Emma Tennant & Hilary Bailey

*La hija de Hitler*

Traducción

ISABEL DE MIQUEL



**Berenice**

Título original: *Hitler's Girls*

© Emma Tennant & Hilary Bailey, 2013  
(Licensed and published in the United States by OR Books LLC, New York.)  
© de la traducción: Isabel de Miquel, 2014  
© de esta edición: Editorial Berenice, 2014  
[www.editorialberenice.com](http://www.editorialberenice.com)

*Derechos exclusivos de edición en lengua española: Editorial Berenice, S.L.  
Primera edición: octubre, 2014*

Director editorial:  
David González Romero

Maquetación y corrección:  
Deculturas, S. Coop. And.

Impresión y encuadernación:  
Gráficas La Paz

ISBN: 978-84-15441-64-9  
Depósito legal: Co-1495-2014  
Ibic: FA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Impreso en España / *Printed in Spain*

## NOTA DEL EDITOR

St. Ronan (he cambiado el nombre para proteger a la mujer que vivió y sufrió allí el tiempo suficiente para expiar el peor pecado) es una isla que forma parte de las Hébridas Occidentales, frente a la costa de Escocia.

En la isla hay una sola casa. Es una mansión de color blanco, construida alrededor de 1840, que cuenta con catorce habitaciones. Las ventanas de la segunda planta son de tipo mirador. Un día tras otro, durante su interminable confinamiento, la solitaria residente de la mansión de St. Ronan contemplaba el mar durante desde esas ventanas. Esperaba tal vez el regreso de su amante, o de un hijo. Sería fácil añadir que se volvió loca, o que las tormentas tenían un tono particularmente gótico en esta parte del océano, cerca de las inmensas colinas de la isla de Mull.

Pero no era así. Es cierto que las gaviotas y los zarapitos hacían oír su llamada. Y el barquero que llegaba remando a la isla para traer provisiones —que recogía el ama de llaves, la señora Nairn— contribuía a aumentar el sentimiento de soledad. Pero aparte de esto, la vida en St. Ronan era bastante agradable. Lo mejor de la isla eran las playas, tapizadas de una capa de conchas minúsculas y tan amarillas que, si las mirabas desde las ventanas de la segunda planta, podías pensar que eran campos de ranúnculos.

Cuando la misteriosa residente de St. Ronan desapa-

reció, hacía tiempo que los habitantes de tierra firme habían dejado de sentir curiosidad por ella. En ocasiones, a los forasteros que alquilaban una embarcación pesquera en Oban con el propósito de avistar focas les señalaban la casa, de la que apenas se divisaba un fragmento desde el mar. Cuando le preguntaron por la identidad de la persona o las personas que ayudaron a la residente a abandonar la isla, la señora Nairn tuvo que reconocer que no recordaba ni un visitante en todos los años que había vivido allí. La señora Nairn, y su madre antes que ella, vivieron en St. Ronan hasta unos meses después del estallido de la Segunda Guerra Mundial.

La investigación sobre la fuga —si puede llamarse así— de la dama de St. Ronan no tardó en abandonarse por falta de pruebas. Ni que decir tiene que esta figura mítica ha sido avistada por lo menos en tantas ocasiones como la de lord Lucan: en Brasil, en Bavaria, e incluso en un lugar tan cercano como la isla de Barra, que también pertenece a las Hébridas.

La señora Nairn jura que no sabe nada. Sólo Tam, su sobrino nieto, asegura que en una ocasión que vino a la isla desde Mull para pescar, vio de madrugada a una anciana que pasaba frente a su habitación en la planta baja de la mansión de St. Ronan y se encaminaba hacia el ruinoso embarcadero junto al espolón.

Es posible que la anciana subiera a la barquita, prácticamente inutilizable para navegar, que llevaba años varada boca abajo en un extremo de la playa. Es posible que intentara llegar remando a tierra, pese a que la marea de primavera era especialmente fuerte aquel día.

Los lugareños alegan que una dama con su aspecto habría

llamado la atención y no habría tardado en saberse quién era. Los visitantes señalan que tras sesenta años de reclusión, sin televisión ni periódicos, la anciana habría sido incapaz de enfrentarse a los cambios de la vida moderna, a lo que los lugareños responden con sorna que de todas formas casi nada había cambiado en las cabañas y las granjas que salpicaban aquellas colinas desnudas.

El caso es que ya no vive nadie en la mansión de St. Ronan. La señora Nairn se ha instalado con su hija en Peebles, y la dama de St. Ronan se ha convertido en algo así como el monstruo del lago Ness: un producto de la fantasía, un ser al que nadie ha visto, emblema de una era maldita, anterior a la raza humana.



## CON LA TATA Y HITLER

FRANCIA, 1936

*Cuando llegaron las noticias, me dijeron que disponíamos de una hora para hacer el equipaje, y que Franz nos llevaría en coche a la estación. Entramos corriendo en la casa.*

*—No olvides el vestido de mariposas —dice la tata—. Las mariposas dicen «hasta el año próximo», ¿verdad, Clemmy? Las preciosas mariposas dicen «pórtate bien en Alemania y pronto estaréis todos de vuelta». Vamos, Clem, no te entretengas. ¿Qué dirá Lisa si llegamos tarde?*

*No hubiera sabido decir cuál de entre todas las personas que vinieron a despedirnos —personas a las que detesté o amé durante las vacaciones, excepto la tata, a la que nadie hacía caso, pero que en realidad era la única a la que temía y respetaba en Las Mimosas— iba a permanecer en mi memoria una vez subiéramos al cochazo negro que nos llevaría a Saint-Tropez por la carretera de la costa. Estaba la duquesa, por supuesto. «¡Mira qué zapatos!», exclamaba la tata cada vez que teníamos que salir del coche con la mujer que parecía un hombre, aunque Hans la llamaba Madame La Duchesse. Y estaba Fraulein Baum, que me enseñó el grosero que había detrás de la cancha de tenis y me explicó que cuando llegáramos a Alemania conocería a un hombre muy importante.*

*—A lo mejor te invita a Rumpelmayer, donde la tata ba-*

*tida es así de gruesa —dijo, separando mucho los dedos. Pero a mí lo único que me apetecía era un plato de salchichas.*

*—A las niñas inglesas les gusta que las invite herr Hitler —me dijo mi nuevo amigo Putzi—. Y tú le encantarías, Clemency, querida.*

## CUADERNO DE NOTAS DE JEAN HASTIE

No habría aceptado volver a Londres de no ser por dos factores. Mi trabajo para el Patrimonio Nacional de Escocia me mantiene, como es natural, al norte de la frontera. La última vez que estuve en Londres fue con ocasión del Debate sobre la Caza (aclararé que, para mi tranquilidad, la Fundación decidió mantener la prohibición de cazar venados. Siempre me han parecido unos animales muy nobles). El segundo factor que me decidió a regresar al sur también está relacionado con la caza —aunque en mi opinión, de naturaleza infinitamente más siniestra—, lo que puede dar una idea de lo grave que tenía que ser un asunto para que yo accediera a abandonar la comodidad de mi vida de prejubilada en Edimburgo. A esto se añade, no me importa decirlo, que la presa —la víctima de este terrible asesinato— no era otra que mi amiga de infancia, mi antigua compañera de clase y de juegos.

La primera noticia la oí en la televisión. No la veo a menudo, y cuando la pongo es normalmente para ver los informativos. Hace tiempo que he dejado de leer esas páginas impresas llenas de supercherías que hoy en día quieren hacerse pasar por periódicos.

Hace un par de días, cuando me instalé con mi cena frente al televisor, recibí la espantosa noticia de que la mujer a la que en el informativo matutino se habían referido como «una trabajadora social retirada» que había recibido diez

puñaladas cuando volvía a su casa en el oeste de Londres, era Mónica Stirling. Reconocí la calle: era Bandesbury Road, en Kilburn. En un tono que me pareció lúgubre, aunque tal vez fueron imaginaciones mías, añadieron que el ataque lo llevó a cabo una «banda de chicas». Pero lo peor de todo fue encajar la información de que entre las asaltantes se encontraba la hija de la fallecida, y que desde el ataque estaba en paradero desconocido.

Otra de las razones para ir al sur —aunque reconozco que puede sonar a frivolidad comparada con el horror de una muerte violenta— fue que un par de meses atrás, Mónica Stirling (debo aclarar que hacía años que no la veía) respondió a mi carta de condolencia por la muerte de su madre, a los cien años de edad, pidiéndome información sobre la casa de St. Ronan, junto a la isla de Mull. Yo llevaba seis meses trabajando con comités, dedicada a enviar peticiones de apoyo para conservar la fachada y la estructura de esta peculiar mansión de la isla; me dirigí incluso, aunque personalmente no aprobaba la idea, a la Fundación Patrimonial de Loterías. (La familia Wilsford vendió St. Ronan el año pasado, al fallecer el último de sus miembros. El comprador, un hombre de negocios holandés, se arruinó y la casa de la isla, que estaba deshabitada, quedó abandonada.)

Resultaba conmovedor que Mónica Stirling concediera tanta importancia (eso parece) a esta mansión de principios del siglo XIX y pensara, lo mismo que los miembros del Patrimonio Nacional, que merecía ser rehabilitada y conservada. Esta preocupación de Mónica por la casa de St. Ronan, añadida a la idea de que desde niñas compartíamos el mismo amor por todo lo antiguo, lo histórico, fue lo que me trajo a Londres. Me alojé en el Avondale Club, para universita-

rias escocesas, y lo encontré tan bien organizado y tranquilo como lo recordaba.

Debo añadir que se trata del peor caso que he visto jamás. Resulta escandaloso que una mujer respetable como Mónica sea asesinada —no hay otra forma de decirlo— y que su asesino esté en libertad. Ahora puedo hacer públicas las notas, entradas en mi diario, entrevistas e interrogatorios de mi investigación sobre el cruel e inexplicable final de una mujer que era toda amabilidad.

El primer susto me lo he llevado hoy al entrar en casa de Mónica, en la zona oeste de Londres. Una breve visita a la policía me revela que han descartado a las demás sospechosas de la «banda de chicas» con la que tanto alborotan los informativos de la televisión. Aseguran que únicamente necesitan saber el paradero de una de las atacantes: quieren interrogar a la nieta de Mónica, la joven que ella ha criado desde niña, cuando sus padres murieron. La policía busca a mi ahijada: Mel.